

Archivo Extremeño.

REVISTA MENSUAL

CIENCIA, ARTE, HISTORIA.

Año I.

Badajoz 25 de Julio de 1908

Núm. 6

SUMARIO: *La Escolástica y el problema crítico del conocimiento*, por Prudencio J. Conde. — *La cuestión social*, por A. Teixeira. — *Los Extremeños en las Cortes de Cádiz*, por Luis R. Varo. — *Salmos floridos*, por Manuel Monterrey. — *Mitos populares españoles*, por M. Roso de Luna. — *La Esperanza* (soneto), por Cárlos Servert Fortuny — *El árbol prodigioso* (leyenda), por M. Larios. — *Legajo*, por Balduque.

La Escolástica y el Problema Crítico del Conocimiento. (1)

Kant no cesa de repetir, especialmente en sus *Prolegómenos á toda metafísica futura* (2), que nada de lo dicho antes de él podía servirle para la solución del problema que se había propuesto, y ya hemos visto cuán parco anduvo al señalar los antecedentes que le sirvieron para proponerlo; y aunque se haya dicho con razón que al exponer uno de los puntos más notables de su *Crítica de la razón pura*, no ha hecho sino dar significación nueva á las teorías de la antigua metafísica, que se supone había estudiado á fondo, es lo cierto que, él no concedió á la Escuela mayor importancia de la que en su tiempo se le concedía, y que ya entonces como todavía hoy, á pesar de los trabajos realizados por incansables investigadores, no se consideraba digno del nombre de filosofía el estudio que de sus cuestiones se había hecho antes de Descartes; se colmará de desdenes á la filosofía cartesiana, lla-

(1) Véase el número 1.º de esta Revista.

(2) Desde el Prefacio (p. 2 ed. cit.) trata de convencer de que es necesario se considere «tout ce qui s'est fait jusqu'ici comme non avenu;» en la pág. 14 proclama la existencia de la nueva ciencia «dont personne jusqu'ici ne s'était seulement avisé. dont on ne pouvait même pas avoir l'idée; qui du passé tout entier ne sourait rien pour son usage en dehors de l'indication que les doutes de Hume pouvaient donner.»

mada tradicional; pero antes de ella no parece que haya habido para muchos verdadera filosofía desde Aristóteles.

No hemos de negar que fué largo el período de la decadencia de la Escolástica, aunque nunca dejó de tener dignos representantes (1) y que llegó por sus extravíos á hacerse odiosa á los hombres de ciencia y á ser olvidada por los filósofos de profesión; ¿qué mucho que así fuera, si muchos de los que se llamaban escolásticos, á partir de la segunda mitad del siglo XIV, desconocían el alto sentido de las tesis fundamentales de aquella? Los esfuerzos de Leibniz para sacar el oro escondido en el estiercol, como él decía, no fueron secundados por sus discípulos, que se obstinaron en perpetuar el divorcio entre la filosofía y la ciencia, en contra de las iniciativas del Maestro.—El Kantismo halló sin duda mal preparados á los Escolásticos y en medio de aquella eferescencia, que en Alemania primero y después en casi todas las naciones de Europa produjo la aparición de la *Crítica de la razón pura*, que, como demuestra el insigne jesuita Tilman Pesch, sirve de base á toda la ciencia moderna, fuera de la Escolástica, esta no puede ofrecer en mucho tiempo una producción que merezca señalarse como digna de ser opuesta á la del filósofo de Kœnisberg. Muchos católicos se declararon discípulos suyos, aunque modificando en parte, por motivos dogmáticos, algunas doctrinas kantianas, si bien torcieron más el recto sentido de las enseñanzas de la Iglesia, que el de la misma filosofía crítica; basta citar como los más renombrados en Alemania á Hermes y Günter, contra los cuales se alzó la inteligencia poderosa de Kleutgen, que además de la *Antigua Teología* escribió su *Filosofía de otro tiempo*, la obra de conjunto más completa y exacta que se ha escrito desde Kant hasta nuestros días, exponiendo y defendiendo la doctrina de los grandes Escolásticos de la Edad Media, en sus relaciones con los errores modernos y mayormente en lo que toca á la crítica del conocimiento. En ella se encuentran diseminados los puntos de vista capitales de la tradición filosófico-aristo-

(1) Sólo ignorando por completo sus obras se puede negar valor á escolásticos como Capreolo, apellidado el Príncipe de los Tomistas, Silvestre el Eerrariense, el intérprete más profundo de la Suma contra los Gentiles y el Cardenal Cayetano, de la Teológica, en el siglo XV; en los XVI y XVII tiene lugar el renacimiento escolástico de España, que da á la Historia de la Filosofía nombres como los de Vitoria, Soto y Medina de la Escuela dominicana Salamantina, Vázquez y Suárez del Colegio de Coimera; los Complutenses y el célebre Juan de Santo Tomás.

télico-escolástica, que un pensador de nuestros días, el sabio Director que fué del Instituto de Filosofía de Santo Tomás de Lovaina, hoy Emmo. Cardenal Mercier, ha recogido, ordenado y rectificado en parte y en parte ampliado para hacer la crítica más acertada y profunda que hoy puede oponer el escolasticismo á Kant y á los positivistas.

No pretendemos negar lo que otros escolásticos de valer han hecho y hacen en el mismo sentido en estos últimos años, sobre todo en Alemania y Francia; pero en los de esta nación hay un *fermento cartesiano*, me atrevo á llamarle así, ó un influjo tan marcado de Maine de Biran, que les lleva á sostener tesis nada conformes con la síntesis escolástica y más próximas al kantismo de lo que ellos mismos pretenden. Quizá piensen contrarrestar así de un modo más eficaz la tendencia declaradamente idealista de muchos filósofos católicos franceses, que han comprometido con sus audacias la solidez de la ciencia misma sagrada. Debemos hacer una doble excepción, por lo menos, á favor de los abates, Farges en sus *Estudios filosóficos para vulgarizar las teorías de Aristóteles y de Santo Tomás*, vol. 9.º titulado: *La crise de la certitude*, y Peillaube, en su *Theorie des concepts*, de menos rigor escolástico que la del primero, pero más adecuada quizá para combatir desde un punto de vista más moderno los errores del criticismo kantiano, y mayormente su lógico derivado el positivismo en la base fundamental del sistema; la confusión entre imágenes é ideas.

Preocupaciones del mismo género, es decir, la necesidad de combatir antes que á los enemigos radicales, á los que comparten una misma fe religiosa, que por obscuras pero verdaderas relaciones se enlaza con algunas tesis filosóficas, han hecho que no tengan mayor interés para el problema crítico, en la forma que hoy se ventila, los estudios llevados á cabo por escolásticos tan notables como Sanseverino. Liberatore y Zigliara.

El primero escribe su voluminosa obra *I principali sistemi della filosofia sul criterio* por encargo del Arzobispo de Sorrento, con un fin apologético y se concede allí más importancia á Reid que á Kant, no obstante que ya se había traducido al italiano la *Crítica de la razón pura*, que ha dado y continúa dando bastantes frutos en Italia. Liberatore y Zigliara se preocupan principalmente con los progresos del ontologismo y el tradicionalismo; la lucha con los rosminianos parece que ha absorbido allí la acti-

vidad de los filósofos escolásticos y en gran parte el ejercicio de la autoridad eclesiástica para la condenación de doctrinas. El P. Lépidi escribió en italiano un folleto con el título de *Critica de la Razón pura*, que no tiene el valor de su obra latina sobre el ontologismo.

Podemos sostener que sin renunciar á los principios fundamentales del escolasticismo, antes bien aprovechando doctrinas capitales suyas, hay razones suficientes para esperar una renovación filosófica, que demuestre la vitalidad de la *perennis philosophia*, como dijo Leibniz; y cuando vayan desapareciendo preocupaciones nada justificadas se dirá de la crítica neo-escolástica, lo que hombres como Richet han dicho de su Psicología. Por eso no pueden aceptarse juicios como el de Eucken, acusando á los neotomistas de falsear el pensamiento de Kant, ó al menos de no comprenderlo (1); como oportunamente ha replicado Wulf, los neotomistas tienen los mismos propósitos respecto á Santo Tomás que Eucken respecto á Kant; en este concepto hacemos nuestras sus palabras: «Si un retorno á cualquier gran pensador, hubiera de significar más que un concepto sobre la obra que se ha de cumplir, una orientación hacia lo que en él hay de esencial, un auxilio que se le pide para ir de lo complejo á lo simple; si se hubiera de entender una repetición pura y simplé de los resultados de su trabajo, una suspensión del movimiento en el punto en que quedó, semejante retorno aplicado á Kant sería tan perjudicial como si se tratase de Tomás. El criticismo elevado á la altura de un dogma inflexible podría llegar á ser tan dogmático y fijo como el dogmatismo de los tiempos antiguos. Si invocamos el nombre de Kant y le honramos es por otras razones. El debe ayudarnos á dar al problema filosófico la elevación correspondiente á la situación histórica del mundo, á dejarnos compenetrar por toda la fuerza de las grandes cuestiones, á sustraernos á las fluctuaciones del tiempo (?) y á los errores de los hombres».

Preciso es reconocerlo; á Kant se debe el esfuerzo que todos los pensadores después de él, han hecho para dar solución á una

(1) Roberty, en un artículo sobre «*la teoría del conocimiento*», publicado en la *Revue philosophique* de Ribot, T. 1.º, año 1891, (p. 450) había de «defecto de conformación social por una evolución retrasada» ó «*n'ayant pas encore abouti*» (!); Weber, contestando á Mr. Mercier en la *Revue de Métaphysique et de Morale* (Nov.º 1897), habla de «la espada mohosa de la escolástica»; como si la filosofía no estuviera por cima de «las fluctuaciones del tiempo» como dice Eucken en el texto que de él citamos.

de las más difíciles cuestiones que la inteligencia humana se puede proponer y de la cual depende la firmeza de todos los conocimientos. Pero de esa empresa no se debe excluir á nadie, sino á quien á sí mismo se excluya, ó por no querer abordar el problema, ó por dar por *supuesto* lo que precisamente está en cuestión. De qué modo puede evitarse esto último, sin dejar de servirse de verdades ya adquiridas por la antigua filosofía, lo veremos después.

Para no incurrir en merecidos reproches es necesario no olvidar que la psicología de los Escolásticos es dogmática y no crítica, á la que por ley de la historia de nuestro espíritu había de preceder, como el objeto de una investigación precede á esta investigación misma. Las audacias metafísicas de los Escolásticos medio-evaes proceden de espíritus dogmáticos, y si en ciertos momentos aparece la duda, bien pronto le dan solución facilísima con los mismos argumentos ontológicos y desde puntos de vista sintéticos, aceptados por todos los filósofos de aquella época. Las teorías del ejemplarismo divino y de la finalidad metafísica eran los puntos cardinales en que descansaba la doctrina de la verdad de nuestros conocimientos, y ese ha sido el único aspecto bajo el cual han considerado la mayor parte de los Escolásticos de nuestro tiempo el problema crítico del conocimiento.

Pero como no podía menos de ocurrir, aunque el procedimiento haya sido distinto, habiendo llegado el estudio de las cuestiones psicológicas en los siglos XII y XIII á un altísimo grado de desarrollo, y entre ellas una de las que más íntimamente se relacionan con la doctrina sobre la verdad de nuestros conocimientos, no podían faltar destellos de luz que iluminaran á los amantes de la tradición para penetrar con seguridad en el nuevo punto de vista que reclama la filosofía moderna. Nosotros vamos aquí á indicar lo que principalmente se relaciona con ella en la escuela aristotélico-eomista, y lo que puede en ésta servir para buscar la solución de ese gravísimo problema, que ha penetrado en los dominios mismos de las enseñanzas reveladas.

La división de los juicios en analíticos y sintéticos, á la que tanta importancia concedió el fundador del criticismo (1), tiene antecedentes en la Escolástica, correspondiendo á la que esta hacía de las proposiciones en materia necesaria, *per se notæ*, y en

(1) Prolegomenes; p. 30.

materia contingente, *per aliud notæ*; pero se daba á las primeras un sentido más amplio que el atribuido por Kant á los juicios analíticos, fundado únicamente en la etimología de las palabras, sentido estrecho que le hizo admitir un tercer miembro realmente innecesario: el juicio *sintético á priori*, fundamento de toda su crítica. El juicio analítico, *per se notum* en el tecnicismo de la Escuela, se caracteriza por su oposición al de experiencia, que en esta halla su razón de ser y su confirmación; aquel en el análisis de sus elementos; ó como escribe el P. Kleutgen: «cuando se dice que el predicado está contenido en el sujeto del juicio analítico, no se quiere decir que por el análisis mismo del sujeto se pueda obtener el concepto del predicado aún antes de poseer este. Se quiere decir, que en este análisis se encuentra la *razón* de atribuir al sujeto el predicado, ó lo que es lo mismo, que por la sola consideración de los conceptos del sujeto y del predicado se llega á percibir y á comprender la realidad de la relación expresada por el juicio.»

Otra de las bases del kantismo, que algunos parece le atribuyen como un descubrimiento, es la distinción entre la sensibilidad y la inteligencia; pues bien, á pesar de las acusaciones de sensualismo lanzadas á la filosofía Escolástico-Tomista, esa distinción de *naturaleza*, no de *grado* solamente, es el fundamento de su ideología, en la que son inconfundibles la imagen y la idea, aunque no puedan existir separadas (1) (como el espíritu no existe separado de la materia, á la que está unido sustancialmente), pero sin dar á este hecho la falsa interpretación del *esquematismo* kantiano, ni reducir la intervención de los sentidos externos en la obra del conocimiento á suministrar una pura materia desprovista de forma; antes bien, el sentido y la inteligencia tienen un mismo objeto *material*, aunque *formalmente* irreductibles; por lo que dijo Santo Tomás: «quod sensus est quodammodo etiam ipsius universalis. Cognoscit enim Calliam non solum in quantum est Callias, sed etiam in quantum est *hic homo*. Et exinde est quod

(1) Las observaciones hechas por Binet, de las que da cuenta en su obra *L' étude expérimentale de l' intelligence*. París, Schieicher, 1903, no contradicen la tésis escolástica de la necesidad de la imagen para pensar; pues aun suponiendo que en un pensamiento distinto no hubiera imagen alguna sensorial, al menos ha de existir la verbal, á la que no concede Binet la importancia debida, así como otros la exageran; lo que aparece bien claro en ese estudio es el abismo que hay entre la imagen y la idea, con lo cual se destruye el fundamento psicológico del positivismo: véanse los Cap. VI, VII y VIII de dicha obra.

tali acceptione sensus præexistente, anima intellectiva potest considerare hominem in utroque. Si autem ita esset quod sensus apprehenderet solum id quod est particularitatis et nullo modo cum hoc apprehenderet *universalem naturam in particulari*, non esset possibile quod ex apprehensione sensus causaretur in nobis cognitio universalis» (II Post. Anal. c. XV). Kant supone que esa universalidad no puede ser suministrada por la experiencia y la atribuye exclusivamente al entendimiento, por desconocer el poder de abstracción que en este existe y por la cual sin dejar de estar en contacto con la realidad, pues lo abstracto supone lo concreto, pero llegando á donde no alcanza el conocimiento sensible, se descubre en los datos experimentales algo que no está sujeto al tiempo ni al espacio, la esencia abstracta, la *quidditas*, fundamento de las relaciones necesarias que expresan los juicios científicos; el tipo abstracto se ve realizado en la imagen de donde es abstraído y se le considera realizable en otros muchos casos indefinidamente; esta es su universalidad; así dijo profundamente el Angelico Doctor: «rerum enim mutabilium sunt immobiles habitudines: sicut Socrates, etsi non semper sedeat, tamen immobiliter est verum quod quando sedet, in uno loco manet. Et propter hoc nihil prohibet de rebus mobilibus immobilem scientiam habere» (P. I. 2. 84.^a, a 1 ad 5). Esta doctrina destruye otro de los motivos que tuvo Kant para la falsa invención de los juicios sintéticos á priori; y como está basada en la experiencia, nada pueden contra ella las teorías del nuevo Copérnico de la metafísica pretendiendo que no sean los objetos la regla de nuestros conceptos, sino estos la de aquellos; sólo es independiente de nuestro pensamiento según Kant, la existencia del objeto que produce las impresiones en nuestros sentidos; pero esa existencia es *postulada* por la *Crítica*, nunca lógicamente demostrada, ni aún demostrable, según los principios del sistema; al pretender Kant hacer esta demostración, ha merecido justamente ser acusado de inconsecuencia, y para evitarla apareció el idealismo absoluto, aunque no quisiera el filósofo de Kœnisberg aceptar su paternidad (1). La filosofía escolástica, que distingue entre objeto

(1) Para apreciar el valor de la doctrina escolástica de la abstracción consúltense las obras de Liberatore «*La Connaissance intellectuelle*» y de Zigliara «*Della luce intellettuale é dell' ontologismo*»—Roma—1874—especialmente Cap. 7.º á 10.º de esta; de Mgr. Mercier *Psychologie*, 6ª ed T. II, pp. 21—26, y «*Criteriologie Generale*» 4ª ed. pp. 214 y 215; un extenso artículo de Domet de Vorges en la *Revue de philosophie*, Octubre. de 1903, «*La*

ideal y objeto real del pensamiento, empieza por demostrar el valor objetivo de los principios ideales para justificar luego su aplicación al orden real.

Hay, sin embargo, algunos escolásticos modernos que prefieren seguir un orden inverso para evitar el subjetivismo, que supone á juicio de ellos la prelación del estudio de los juicios ideales concedida por otros escolásticos; y no son menores las divergencias cuando se trata de precisar el concepto de verdad antes comunmente admitido, expresado en la fórmula: *adaquatío rei et intellectus*; fórmula de aparente lucidez, que unos estiman intangible y otros creen que debe ser explicada y completada, aun para reproducir el pensamiento mismo entero del Angélico Doctor.

Pero no habiéndonos propuesto sino indicar los puntos de contacto que en el criticismo kantiano y en la Escolástica existen para buscar la solución del problema, damos por terminado nuestro trabajo, agradeciendo á ARCHIVO EXTREMEÑO la honrosa invitación que nos hizo y la acogida dispensada á lo que en justa correspondencia hemos escrito para ocupar algunas de sus páginas.

PRUDENCIO J. CONDE.

abstraction scolastique» y otro de Beurlier, en la misma Revista, Octubre de 1902, en el cual se hace ver lo defectuoso de la teoría Kantiana para explicar el hecho del conocimiento, dado el carácter de *espontaneidad* de la imaginación productiva y del entendimiento, que han de pasar por sí mismos al acto y teniendo en cuenta que esa imaginación ha de poner orden en una materia indiferente, con auxilio de las categorías; y todo ello de un modo ciego é inconsciente; ¿qué fenómenos, por ejemplo, enlazará con la relación de causalidad ó con la de simultaneidad necesaria?

En cuanto á la inconsecuencia de Kant pretendiendo demostrar la existencia del «no-*yo*, véase otro artículo de Gardair en la misma Revista. Diciembre de 1901, titulado *Criticisme et Neo-criticisme*.»

LA CUESTIÓN SOCIAL

Alberto era burgués acomodado;
su moral sociológica
fué siempre defender de todo ataque
el orden subsistente de las cosas.
Juan era socialista,
y tachaba de errónea
la terrible doctrina que pretende
conseguir la igualdad á cualquier costa,
pues aunque siempre dirigió sus miras
á destruir la servidumbre odiosa
del proletario esclavo del patrono,
siempre negó también que en unas horas
se deba destruir lo que ha formado
el concurso del tiempo y de la historia...

Lucas era anarquista;
la moral, exclamaba, es antropófaga,
es preciso matar, ser el verdugo
constante del que explota;
se vive nada más del propio esfuerzo;
al que infringe esa ley se le destroza...

.....
Sobre la mesa de café una araña
arrastrando á una mosca
apareció...— Miradlas, dijo Alberto
son las premisas solas
del silogismo para el cual la ciencia
no tiene solución satisfactoria;

libertar al insecto aprisionado
es ir contra la lógica
de la naturaleza que establece
y en sus leyes sanciona
el que viva la araña
á expensas de la sangre de la mosca
— Debe vivir, repuso el socialista,
pero jamás á costa
de otro insecto, y en tanto ese problema
de la ciencia social se soluciona,
debemos libertar al oprimido...
— Y matar al que oprime y al que explota—
exclamó el anarquista, hasta que al hombre
se le ocurra la idea redentora;
el modo de que vivan las arañas
sin comerse á las moscas...

.....
Murió la araña. Alberto gritó mucho;
se despidieron con la cara fosca
y me chocó un detalle: Alberto solo
marchó por una calle, y por la otra
cogidos de la mano, Juan y Lucas
murmurando de Alberto cada cosa...

A. TEIXEIRA.

LOS EXTREMEÑOS EN LAS CORTES DE CÁDIZ ⁽¹⁾

I

Un escritor contemporáneo, eminente y popular, cuida en sus heróicas narraciones, de asignar á los hombres del civilismo español, en los años de lucha por nuestra independancia patria, el puesto de honor que de derecho les pertenece.

Ciertamente, que no debe reservarse el nombre de invictos, para los hijos de la preclara España, que dieron á la madre pátria, la sangre de sus venas y el vigor de sus brazos, en la defensa de los sacrosantos derechos de nación libre. Justo es, que se consignen con letras de oro los apellidos ilustres de los que murieron bizarramente, combatiendo la atentatoria agresión á los fueros inmortales, de una ciudadanía nacional. Muy en razón, que la patria agradecida haga ostentación gloriosa de sus héroes y de sus mártires; pero no olvidemos, ¡por Dios!, que al lado de los que batallaban denodadamente contra las huestes del intruso, había otros hombres, que procuraban alimento y vestido, socorro y armas á los leales batallones españoles; hagamos constar, que á semejanza de las penalidades que en los combates soportaban los libertadores soldados, otros hermanos en su fe, sufrían cautiverios y torturas por su acendrado españolismo; digamos de igual suerte, que en tanto la gloria cubría con su aureola bendita, á los nacionales ejércitos, con la palabra y con la pluma, daban leccio-

(1) Este trabajo, que tiene por lema *Laudator temporis acti*, obtuvo mención honorífica en el Certamen literario y artístico que organizó el Ateneo de Badajoz, con motivo del primer centenario de la guerra de la Independencia Española.

nes de civismo un grueso núcleo de esclarecidos compatriotas; puntualizemos, por último, las vicisitudes y torcedores de la vida del campamento español, con los crueles y horrorosos momentos históricos trascurridos en la ciudad de Cádiz, cuando los legisladores del país implantaban las reformas del nuevo régimen, entre el fragoroso estampido del cañón y bajo los estragos de una epidemia, que diezmaba tercamente á la ciudad.

Y es que la patria, en aquella memorable y sangrienta época de su accidentada vida, fué pródiga en despertar altruistas sentimientos, en sus naturales descendientes de invictos; es que en aquella jornada, gloriosa y trascendental para el porvenir de España, cada cual aportó al mejor éxito, el caudal de su patriotismo, con abdicación absoluta de bastardas y particulares miras; es que en aquella etapa, en que habla la historia, el lenguaje de la austeridad, haciendo la crónica de la epopeya más grande de los tiempos modernos, se amalgamaron en una sola voluntad fortunas y bizarrías, talentos é indignaciones para formar el vigoroso árbol de la fe, donde fué á estrellarse la codicia rabiosa del extranjero.

¡Dignos de perennal hosanna, son todos los que contribuyeron con sus benditos entusiasmos, á borrar la afrenta inferida al suelo español, hollado en mal hora por planta extraña!... la nación estaba segura de sí; constábale el triunfo y no dudaba de la entereza de sus hijos, ni temió nunca que otros que no fueran ellos, pudieran regimentar sus actos, como nación.

Y de que tal afirmación es positiva, dá clara muestra el hecho de que mientras los empeños luchadores continuaban; en la ciudad de Cádiz se legislaba, proclamándose los fundamentos constitucionales de la España, independiente y futura...

II

¡Tareas nobles y levantadas las de los ciudadanos españoles de las Córtes de Cádiz, convocados en Asamblea extraordinaria, para el día 24 de Septiembre de 1810!

Flaquezas ó contempORIZACIONES de la suprema Junta Central, controversias ó discrepancias en el seno de la Regencia, debilidades y vacilaciones en el consejo de un rey desterrado y versatil, habían hecho demorar hasta entonces la reunión en Cortes de los primeros diputados de la nación, deseo harto sentido por el pue-

blo, que protestaba unánime cada vez que sufría nuevo aplazamiento la constitución de la Asamblea.

Tenía prurito la nación por conocer, de viva voz, los pensamientos que encarnaban los representantes regionales, porque existían compenetración de ideales, entre la casi totalidad de las masas y la mayoría de los legisladores, cuyo blasón era el principio constitucional, en pugna franca con la tendencia gubernamental absolutista.

Habíase operado en España una reacción brusca en favor del nuevo régimen, aceptado por presentimiento popular, sin conocer de él, y el pueblo clamaba, por ver y conocer los fundamentos constitucionales; clarividenciando, que á la sombra de ellos, en lo sucesivo, se evitarían corruptelas de magnates y lucraciones de privados.

La mayoría de los legisladores eran poco conocidos por la multitud; tratábase ordinariamente de apellidos provincianos, de hombres que llevaban la representación regional, de donde eran conocidos é ilustres, pero confiábase en que cada región, había otorgado su confianza á lo más esclarecido de sus varones, y esta confianza servía de estímulo para hacer más interesantes los debates de las Cortes, discurriendo en los comienzos de ellas el pueblo si de aquellas discusiones saldrían las beneficiosas leyes para el país prometidas, y afirmando la gente frívola, que toda aquella monserga iba á reducirse á juegos de palabras ingeniosas ó pueriles, pero sin trascendencia mayor.

¡Harta razón cabía á los sensatos, discurriendo bien! Juzgaban, con razón, que no abandonaban sus hogares comprometidos, ni exponían sus vidas graciosamente los diputados nacionales, en circunstancias tan críticas, para fútil motivo. Los hombres de las Cortes de Cádiz, otorgaban á la patria el abnegado sacrificio que demandaba á sus talentos, y aquellos patricios honrados no repararon en los obstáculos que tenían que vencer, para lograr la consagración de los ideales del bienestar futuro del país.

Tres años de labor legislativa, no fueron infructuosos. Tres años de comprometidos empeños, hicieron germinar la nueva sávia... ¡Honremos á los que plantaron y dieron el primer cultivo, á la semilla en gracia al fruto que nosotros cosechamos, merced á la labor de entonces!..

...Y ahora, bajo la formal promesa de evitar nueva digresión, hablemos de los extremeños en las Cortes de Cadiz... Haré constar, no obstante, que estimaba sagrado deber mover mi pluma en elogio de todos los diputados de aquellas tradicionales Cortes, y no limitar mi culto á los de nuestra región, fundamentando brevemente, los merecimientos del culto colectivo.

La primera voz que se alzó en el Parlamento español, fué la del hijo de Extremadura y por ella diputado, D. Diego Muñoz Torrero; grave y conciso, con la elegante sencillez que dicta la verdadera ciencia y con el fervor devoto, rendido por la sana conciencia al ideal emancipador de la tutela absolutista, Muñoz Torrero habló el lenguaje de la virgen democracia, con la austera expresión que competía á su condición sacerdotal.

Oído por la masa y por los compañeros de diputación, con interés creciente, desde los comienzos de su briosa oración parlamentaria, Torrero avasalló con su elocuencia bien pronto, al heterogéneo auditorio, imponiendo á las Cortes los fundamentos del nuevo régimen político presentado por él.

Seis fueron las proposiciones de referencia leídas á la Asamblea en el acto mismo de su constitución, por otro extremeño, Luxan, en su calidad de secretario, defendidas con ardor loable, por el preclaro hijo de Cabeza del Buey, como autor de ellas y aceptadas por las Cortes.

Fueron estas: 1.^a Soberanía nacional de las Cortes, 2.^a Proclamación y juramento de Fernando VII, legítimo rey de España; 3.^a Legislación ilimitada y exclusiva por las Cortes; 4.^a Responsabilidad y juramento de la Regencia, como delegada del poder real; 5.^a Confirmación de cargos y ratificación de poderes, para toda clase de autoridades, civiles y militares del reino, y 6.^a Inviolabilidad para las personas de los diputados.

Torrero, defendiendo los principios substanciales de su credo, se hizo el caudillo de la extrema izquierda parlamentaria y acrecentó su prestigio, á mayor radio de acción y popularidad.

Apenas cita la historia proyectos á discutir, en aquella grandiosa etapa legislativa que duró tres años, en las cuales no figura el nombre de Muñoz Torrero, defendiendo con su palabra y otorgando su voto á favor de toda sanción legal en sentido democrático, circunstancia de tener en cuenta en apoyo de las ideas libe-

rales de entonces, porque ello entraña la razón de equitativa justicia que inspiraban las reformas.

Muñoz Torrero que personificaba la virtud, con sus altas dotes de hombre moral y concienzudo; que honraba el traje talar con la severidad de sus juicios, la austeridad de sus costumbres y sus convicciones de católico; que difundía la luz de su clara inteligencia y de su práctica de varón estudioso y sábio era una autoridad indiscutible, la primera, acaso, en el Parlamento español, y su entusiasmo de liberal creyente, hace ver cuan necesitada se encontraba la nación de reformas en aquel sentido, llamadas á descuajar tendencias y vicios desmoralizadores.

De Muñoz Torrero es el articulado de la Constitución votada el año 12, si bien el prólogo es de Argüelles; Torrero dió su voto á favor de la abolición inquisitorial, tan combatida por Riesgo, inquisidor general de Llerena; Torrero prestó su aquiescencia á la libertad de imprenta, y á sus instancias se excluyó de esta ley general, la censura eclesiástica; Torrero, en suma, no desperdió motivo de probar su acendrado amor á las libertades pátrias, en aquellas memorables Cortes de Cadiz.

Llenaría cuartillas y cuartillas, valorando los hechos laudables del invicto extremeño; pero mi objeto se limita á esbozar la trascendencia de su labor parlamentaria, y nunca á empeño más árduo.

Apuntaré solo, que á su grandeza de alma de español y á su fé sacerdotal, no le faltó la corona de mártir, merced á la *magnanimidad* del deseado rey, que premió el altruismo y los talentos de Muñoz Torrero, encerrándole en ominosa prisión, donde halló la muerte anticipada por los crueles padeceres que le prodigaban sus carceleros verdugos.

¡Así finó la radiosa vida de quien como Torrero, pudo ser lo que hubiere querido y solo fué servicial mandatario de su recta conciencia.

IV

Por bien distinto concepto ciertamente, es digno de mención el nombre del ilustrísimo señor *D. Pedro de Quevedo, Obispo de Orense* y natural de Villanueva del Fresno, que en su calidad de Presidente de la Junta regentadora del reino, abrió y presidió la

primera sesión de las Cortes del año 10, hasta que la Asamblea nombró presidente definitivo.

Caracter indomable, virtuoso y recto, escrupuloso cumplidor de sus altos deberes episcopales, fué Quevedo un idólatra de su patria, á la cual rindió los sacrificios de su legítima tranquilidad, exponiendo la vida por su levantado espíritu.

Recuérdese para juzgarle de esta suerte, su rebelde y solemnísimas recusación á la Junta antipatriótica, que malamente se llamó Cortes de Bayona; hágase memoria de su loable y récia conducta y de sus escritos enérgicos, como Presidente de la Regencia del país, y una y otra prueba darán idea de la lealtad y del carácter que tipificaban al obispo Quevedo.

El suscitó el primer conflicto ocurrido en las Cortes, negándose á reconocer en ellas la soberanía nacional y á jurar la obediencia debida al nuevo régimen, haciendo renuncia de su cargo regental y de su investidura de prócer...

Aferrado á sus ideales antiguos, estimó Quevedo que las propuestas de Muñoz Torrero, coartaban sus derechos, y no transigió voluntario. Altamente honoroso para el irritable Obispo, hubiera sido una abdicación de su temeridad en provecho del sentir de los prohombres eminentes de la época, y con ello hubiera evitado el sensible acuerdo de las Cortes de Cádiz, que le exhonó de sus preeminencias en calidad de español.

Quevedo no abjuró nunca de sus decantados ideales absolutistas, promoviendo indirectamente en las Cortes incidentes á favor de su credo, por mediación de otro extremeño, Vera y Pantoja, el único diputado de la región, con Laguna, que le era adicto en la Asamblea gaditana.

Reverso en todo de su paisano Torrero, el Obispo de Orense mereció particular protección de Fernando VII, quien interesó en su favor al papa Pío VII, para elevarle á cardenal en premio á su incondicional adhesión al trono...

LUIS R. VARO.

(Concluirá)

SALMOS FLORIDOS

Evocando caricias
de amor de la Princesa,
el lindo paje rubio
por el jardín pasea.

Sus bellos ojos vagan
por el espacio y sueñan
con la voluptuosa
visión de su quimera...

En el jardín, otoño
desnuda la arboleda,
y sus despojos cubren
las solitarias sendas.

Los hilos de la lluvia
se prenden en la selva
y en cada hoja ponen
un resplandor de estrella...

La Princesa no rie
porque otoño se lleva
las rosas con que adorna
su rubia cabellera.

Tras del vitral, hilando
en la dorada rueca,

escucha de la lluvia
la dulce tarante!a...

¡Princesita de ensueño!
Al otoño no temas
mientras amor inspires
al paje; tu poeta.

Que él te traerá de amores
la pasional ofrenda
para que las nostalgias
de las rosas no sientas.

Y por que se disipen
tus nubes de tristezas,
el rosal de sus labios
te dará sus esencias.

Y el matiz delicado
del lirio sus ojeras,
y en sus mejillas pálidas
verás las azucenas...

¡Princesita de ensueño!
Sigue hilando en tu rueca
el vellón impoluto
de tus blancas quimeras!

MANUEL MONTERREY.

MITOS POPULARES ESPAÑOLES

El anillo de Záfira.

El invicto emperador Carlo-Magno, después del bautismo general de los sajones, quiso visitar la Ciudad Eterna. En ella quedó preso por las redes de una hermosa llamada Záfira.

Deseosa ésta de conservar siempre el amor del caudillo de los francos, fuese á consultar á la pitonisa más famosa de Roma, quien, á cambio de todo cuanto poseía, la dió el talisman más preciado que conociesen los siglos; es á saber el anillo del gran rey Salomón, sortija singular con una piedra que en la obscuridad lanzaba tan vivos destellos como el más refulgente lucero.

Aquel anillo, arrojado al mar á la muerte del mas sabio de los nacidos, era eficaz para la dicha, y preservaba á su poseedor contra las asechanzas de los malos espíritus y contra toda suerte de desventuras. Después de Canas le había poseído Aníbal y la estrella del cartaginés se eclipsó así que le hubo perdido. Con él la fea, negra y repugnante Cleopatra se trasfiguró en una semi-diosa, para esclavizar á los más ilustres capitanes de Roma. Su precioso zafir valía, en fin, por sí solo, tanto como una estrella del cielo, y con él podría disfrutar Záfira en vida el cariño del emperador y aun después de muerta si le sepultaba consigo.

Carlo-Magno sintió bien pronto los influjos del anillo. Al regresar á sus Estados cuidó muy mucho de llevarse á Záfira y su desvío hacia su legítima esposa Hildebranda, contrastaba con su ciega pasión por la romana Záfira.

Cierta tarde en que cazaba el emperador, vióse acometido en el bosque por una sangrienta fiera. Todos sus monteros le des-

ampararon ante el peligro y habría sucumbido si, interponiéndose Záfira con su anillo, no hubiese dado muerte al animal. Záfira fué desde entonces íntima confidente de Hildebranda que estaba muy lejos de sospechar fuese su rival en el corazón del César.

Además del anillo salomónico poseía Záfira otro anillo de bastante parecido externo, pero que, lejos de poseer las excelencias del primero, su virulencia era tal, que el menor rasguño hecho con su piedra, causaba instantánea la muerte. Un nigromante, tío de Záfira, se le había legado al morir.

Hildebranda sintió un día curiosidad por conocer las virtudes de aquellos anillos secretos, que Záfira le reveló, pero trocando intencionadamente sus virtudes. La reina tomó el anillo funesto, que, á pesar de las prevenciones de Záfira, ensayó en cierto imprudente oficial que la requería de amores.

El oficial cayó herido como por un rayo, y su cadáver fué arrojado por la propia reina desde una ventana de su palacio, sin que nadie supiese jamás las causas de la tragedia.

Desde aquel día Hildebranda misma fué una esclava moral de Záfira, quien, concedora del crimen de aquella, imperó en palacio con toda la dulce tiranía de su amor. Záfira, sin embargo, no era mala para nadie, ni empleó nunca su talismán sino en ligar más y más con sus redes al enamorado guerrero.

Pero como todo acaba en el mundo, tocó á su ocaso al fin la influencia de Záfira. Un día, en cierto convite dado por el emperador, la maga se distrajo, perdiendo su anillo, para cuyo encuentro no fueron bastantes cuantas diligencias puso en práctica la desolada mujer.

A poco tropezó con el anillo Gauio, confidente de la reina, que hacía tiempo ambicionaba la silla arzobispal de Rinberg. De sus ambiciones le había curado á tiempo el sabio monje Aicuino, la más preclara de las inteligencias de aquel tiempo.

Por aquellos días se había provisto la vacante de Rinberg en el disipado clérigo Hettón, pero mientras éste pasaba la noche en locas orgías, indignas de un prelado, el Emperador vió desierto el culto divino, sin que nadie se atreviera á contestar los salmos cantados en el templo. A todos, pues, hubo de sorprender mucho el ver que Carlo destituyó á Hettón y alzó en su lugar al humildísimo Gauio, cual si á éste le sonriera, desde el hallazgo del anillo, la fortuna prodigiosa que la mágica joya deparara siempre á sus poseedores.

Záfira, perdido su talismán, empezó rápidamente á decaer en sus gracias y en los favores del emperador, mientras que Hildebranda conseguía al fin que su esposo la desterrase á un bosque solitario, donde sólo podía verla secretamente, y menos cada día. Llena de dolor y de rabia, se sentía Záfira morir.

Para que se reconciliara con Dios, la fué enviado el propio Gaulo, obispo de Rinberg, llevando en sus manos, á guisa de anillo episcopal que nunca desamparara, la joya por quien lloraba sin consuelo Záfira. Cuando entraba el prelado, Záfira se disponía á beber el veneno de su otro fatídico anillo.

Chocó á Gaulo el anillo fatal, al mismo tiempo que Záfira advertía, luciendo en la mano del prelado, su perdido anillo. Con la rapidez de la intuición femenina, en el acto concibió un medio de recobrarle. Así, cuando Gaulo la preguntó si el anillo que lucía en su dedo era la causa de tantos males como habían caído sobre el reino por sus amores con el emperador, dijo que sí, pero que no le cedería sino á cambio del del prelado que, como suyo, sería prenda bendita de eterna salvación.

El prelado cayó en la red de la romana. Trocó su anillo salomónico, con el otro funesto que se apresuró á entregar á Hildebranda, sin calcular el buen Padre que con ello le acarrearía la muerte que de allí á pocos días le sobrevino.

De nuevo, y como por encanto, recobró Záfira sobre el corazón del monarca todo el terreno perdido, y así se deslizaron mansos varios años, hasta que la bella extranjera sintió cercano el término de sus días. Cario-Magno no se separó un punto de su amada en la agonía, y, ya cadáver, no quería que se la arrebatasen de sus brazos, porque Záfira tuvo buen cuidado antes de morir de introducirse en la boca el mágico anillo como en tiempos le recomendó la sibila, para que el cariño del César la acompañara en muerte como en vida.

Pero el prudente y sagaz Alcuino había espiado sus momentos últimos, y con santo celo abrió la boca de la muerta y se le estrajo sin ser advertido.

A partir de aquel día, y contra todos los humildes propósitos del monje, la fama, el poder y la ciencia de Alcuino crecieron en grado sumo; el emperador no veía sino por los ojos de su consejero, pero el santo varón comprendió bien pronto que todo aquello no se debía á su esfuerzo, sino á las virtudes de su anillo, por lo que, para no caer en la tentación de los fuertes y los soberbios,

arrojó heróico el anillo á un profundo estanque de la quinta de emperador.

La joya al caer en las aguas produjo mágicas irisaciones, ondas de sin igual belleza, que no parecía sino que el mismo sol se había en el estanque imergido. El César, desde una de las ventanas, contemplaba embebido tamañas hermosuras del lago, que, sin explicárselo, determinaban sobre él seducción invencible.

Desde entonces su afición favorita fué la pesca entre sus ondas.

Celebróse de allí á poco un gran banquete en la Corte, en honor de los embajadores del sultán Abdalá, y el plato de preferencia fué una murena pescada en el lago por el propio emperador, quien al partirla hubo de tropezar con el anillo prodigioso que el animal había engullido.

Desde entonces, dataron los mayores esplendores del reinado del César. El talismán de la cabaña del Tíber fué todo el secreto, y el alma del gran imperio de los francos bajo el cetro de Carlo Magno, sucesor de las glorias salomónicas en el imperio de Occidente.

M. ROSO DE LUNA.

(Concluirá)

LA ESPERANZA

SONETO

Entre la noche del dolor que avanza
anegando mortales corazones,
como sol entre densos nubarrones,
vemos surgir la luz de la esperanza.

Al primer sinsabor que nos alcanza
pensamos no encontrar más ilusiones,
ni en el revuelto mar de las pasiones
horas risueñas de feliz bonanza.

¡Y aun amargados por los tristes dejos
del rudo desengaño, percibimos
de una esperanza nueva los reflejos!

Tal es la ley de la existencia humana.
¡Con las desdichas del ayer, nutrimos
los soñados placeres del mañana!

CÁRLOS SERVET FORTUNY.

EL ARBOL PRODIGIOSO

(LEYENDA)

Para Luis R. Varo.

—Visitando un castillo recogí esta leyenda que os dedico.—

Y el trovador tañía el laud.

Sube, sube fatigoso, el laud bajo el brazo de un risco á otro, de esta peña á aquella más alta. Más, más. Aún no perciben sus oídos las melodiosas notas que el aire recoge. Aún no oye el hondo suspirar de tu pecho. Esos tus amantes gemidos son débiles, no llegan al alto ajimez de la torre del homenaje, donde la sultana contempla el valle cuyas sombras esfuma la ténue luz de plateada luna. Sus manos chorrean sangre; sus vestidos se hacen girones, y sube, sube aún. Y sobre la piedra más alta que lamía en su asiento aquel de la torre, orgullosa con las demás que pendiente abajo quedaron, humilde con aquellas que por encima de sí miraba, sentábase el trovador, al aire su rizada melena, alzando á las ojivales ventanas sus soñadores ojos de artista, cprimiendo nervioso su laud que lanzaba raudales de notas, y balanceando su cuerpo, cuya sombra se desdibujaba en el precipicio que á sus pies veía amenazador.

En sus nocturnas serenatas jamás había escuchado suspiros que á los suyos se uniesen. El eco tristón de la campana que el almedano daba al viento, la vacilante llama de la hoguera, que al vigía alumbraba y desentumecía, asomando sus resplandores por las aspilleras de la atalaya, eran sus mudos testigos...

Una noche fué feliz. En las ojivas de la ventana que al campo daban, oyó el susurro de queda, conversación que á sus oídos producida por angélicas voces parecía. Le miraban y era ella que en la diestra mano blanco pañuelo agitaba... Cantó... Y las inflexiones de su voz dando á su canto un misterioso atractivo, hizo se le escuchara con arrobamiento. La sultana, la hermosa que entre paredes aguardaba marcial guerrero que en torneos por desposada la solicitase del señor feudal, quedó presa en las auras melancólicas del trovador.

* * *

Allá por los tiempos medioevales, en la feraz comarca do nuestra imaginación se posa, y en la que las más altas montañas guardan respetuosas el sitio á fértiles llanuras y valles, fecundadas por las aguas que en alegres riachuelos se despeñan por tortuosos y pintorescos cauces, ofreciendo á porfía exquisitos frutos, los apuestos caballeros leoneses que en los confines del reino sostenían enhiesto el pendón de la Patria, levantaron un castillo, que de refugio contra las correrías de los almogábares que asolaban aquellos contornos sirviera. Toda su constancia, todo su ardimiento y buena fe pusieron en la obra, pues aun hoy se conserva aquella enorme mole de granito, sin que el transcurso del tiempo haya producido otro efecto que imprimirle un sello de grandeza.

En la capilla con sus tres naves separadas por arcos de medio punto, sostenidos por columnas rematadas en artísticos capiteles, frente los pabellones situados en la plaza de armas, parece hoy sentirse el roce de las sedas de la hermosa que en otros tiempos lo habitara; y el ruido de los tardos pasos del sesudo leonés sobre el esbelto puente formado por ojiva equilateral, del que arranca el levadizo que con el segundo cuerpo de la torre del homenaje comunica, se percibe aún mezclado con el confuso tropel de los caballeros de armas que entran de uno en otro rastrillo, cobijados por la soberbia torre que se alza dominando todo con sus vistosas almenas.

* * *

—Laura, mi hija; ha llegado la hora de disponer de tu corazón. Tu mano me ha sido pedida para el rico infanzón, dueño del cas-

tillo que, allí ves, soberbio se alza, dominando como el nuestro la rica vega en que los naranjos, limoneros y olivos, compiten con las más ricas vides. Dispone de quinientas lanzas, reúne tanta gente de armas como yo, dueño y señor de estos lugares, y es tan gentil y apuesto, tan dulce al lado de garza paloma que á sus oídos arrulle, como fiero y arrogante esgrimando su maza en la guerra. Formareis una sin igual pareja que distraerá mis escasas horas y me proporcionará el consuelo de jugar en mis rodillas el heredero más poderoso de estos reinos.

Y con tierna solicitud tomó la mano de su hija que llevó á sus labios.

—¿No respondes? ¿Por qué tiemblas? ¿Por qué tus ojos empañan el llanto? ¿Te opones?

Y la miraba entre cariñoso y enfurecido, temiendo la respuesta.

—Padre y señor,—dijo irguiendo la cabeza.—De mi corazón ha tiempo no dispongo; mi voluntad es tuya. Manda.

Y sollozando se arrojó en brazos de su padre que, paseando su vista por todos los rincones del amplio salón, permanecía indeciso con tan preciosa carga y sentía humedecidas sus hirsutas barbas por lágrimas que quizá por primera vez de su vida dejara correr.

Por fin deja á su hija, y secando bruscamente su llanto exclama:—Es preciso, es preciso. Mi nombre, mis dominios, los peligros de nuevas rivalidades, la guerra otra vez encendida entre mis vasallos que disfrutaban paz y ventura...

* * *

Pudo más la robusta naturaleza y aquellos rasgados ojos, negros como la noche, sombreados por largas y sedosas pestañas que arropaban su fuego, volvieron á brillar, y Laura dejó asomar á sus labios la sonrisa melancólica que los matizaba.

Visitáronla muchos y afamados cirujanos que en sudorosos y jadeantes caballos llegaban de todos los confines, uno tras otro, empleando cuantos recursos su ciencia les sugería para combatir aquella pertinaz enfermedad; más puede asegurarse influyeran en su curación, mas qua nada, las dulces notas del trovador, los armoniosos cantos que redoblando sus esfuerzos hacía entrar por las celosías al notar la ausencia de su amada, á la que llegaban



mitigados, quejosos, opacos, como ecos que huyen de una ventura soñada...

* * *

El vigía situado en la atalaya dió señal de la proximidad de gente armada, y, como por arte de encantamiento, al roncos onar de las bocinas, sucedió el ruido de los servidores del castillo que, en confuso tropel, corrían de aquí para allá chocando sus armas, hasta colocarse en sus puestos. No quedó barbacana, saliente, baluarte, aspillera que desde el foso hasta las más altas almenas de la torre del homenaje, no fuese ocupada por el encargado de su defensa, con sus dobles líneas, para demostrar así cuan dispuestos estaban en aquella fortaleza á no dejarse sorprender por imprevisto ataque, y para hacer alarde el feudal señor de las picas, lanzas y arcabuces de que en momento dado podía disponer y del gran poder de quien por hijo le adoptaba entregándole la más rica hembra que alumbraba el sol.

La nube de polvo levantada al galopar de los caballos por el tortuoso camino que del valle al monte subía, rodeando cual enorme serpiente al castillo á cuyos pies dormitaba, se fué haciendo menos densa, y, envuelto entre sus brumas, veíase un grupo de ginetes que, llevando por guía dos escuderos, seguía á su señor don Alonso, caballero en blanco corcel, la visera calada y al aire las plumas de su pesado casco, desprendiendo vivos destellos, como sus cotas, mailas y armas, al ser herido por los rayos del sol.

Cae el puente levadizo, giran, chirriando, sobre sus goznes las pesadas puertas, y, sin dejar su rápida carrera, atraviesan el foso y ascienden, batiendo con furia sus cascos sobre la resbaladiza pendiente, á la plaza de armas.

A un lado aprestos guerreros, bien pronto la animación, la alegría reinó en todos. Noche de asueto. Dióse entrada al pueblo y uniéndose vasallos, hombres de armas, escuderos y dueñas, dejaron volar su imaginación para que se fijara sólo en la rica hembra, su señora, que al rayar el alba en desposorios sería entregada al gentil caballero don Alonso. Los músicos no daban paz á sus timbales, dulzainas, tambores y laudes, y de cada grupo que alrededor de una hoguera, libando y yantando se hallaba, salía un cantar ponderando una virtud, una frase bendiciendo al

ama, una endecha alabando sus bondades, una copla ensalzando su belleza.

Los amos mostráronse generosos á porfía, y las provisiones, no bien terminadas, eran reemplazadas por otras con igual anhelo consumidas, y haciéndoles merced de algunos pechos y tributos, acabaron de rebosar la alegría de aquellos sencillos corazones que todo lo esperaban de la magnificencia del señor.

Mezclado, de acá para allá, vagaba un trovador. No cantaba. No tocaba. Acercábase á los grupos para escuchar alabanzas de su ensueño que mudo recogía. Solo de oirlas enrojecíanse sus ojos, y febril, inquieto, seguía girando como paseando entre la multitud su gallarda figura.

* * *

Apuntaba el día. La capilla, más bien que contener, parece era sostenida por la compacta masa de carne humana que en su interior se agolpaba, de puntillas sobre sus pies, apoyando sus manos en el más próximo, para ver mejor el paso de la comitiva.

—¡Qué pálida estaba! Difícil sería distinguir la blancura de su rostro del velo que la rodeaba, á no ser por un fulgor extraño que se escapaba de sus rasgados ojos, girando inquietos sobre la abigarrada multitud como buscando algo...

Las músicas dejaban oír sus armoniosas notas; los coros cantaban himnos de alabanza; una nube de incienso se cernía sobre la masa entonteciendo sus cerebros, y un silencio profundo, mezclado de fervor religioso y curiosidad, reinaba. Hubieran podido contarse los latidos de los corazones á los que parecía dirigir una misteriosa batuta.

.....

Cesan las músicas. Callan las voces. Se contiene violentamente la respiración para oír mejor. En el altar del himeneo se mecían dos figuras á cual más esbelta, á cual más gallarda: alegre la una; con una tristeza mortal la otra. A sus lados estaban los padrinos, deudos y allegados. El sacerdote recitaba con voz reposada y grave las palabras del evangelio. Pregunta á Laura, é iba á consumarse el sacrificio, cuando una voz potente y enérgica, dulce y melodiosa, llevando en sus hondas el hálito misterioso que sugestionaba las multitudes, exclamó:

—¡Laura! ¡¡Mi Laura!!

Un estremecimiento magnético dominó la muchedumbre; temblaban azogados sin explicarse de donde había salido aquella voz sobrehumana que, retumbando en las bóvedas de la capilla, llevó el frío del terror á sus corazones, é instintivamente, rechazándose unos á otros, cayeron de rodillas, mientras Laura despedazándose sus tocas, mesándose sus cabellos, corre como loca á entregarse en brazos del trovador, sin que una mano la detenga, sin que un arma se cruce en su camino, sin que un cuerpo se interponga en su carrera.

Huyen, huyen. Suben á la torre del homenaje, contemplan un momento el inmenso espacio donde sus almas pronto batirán sus alas, se abrazan desesperados, unen sus labios sedientos de puro amor, y se arrojan sobre los quebrados riscos que humilde lamen los cimientos de la alta torre, donde en noches más serenas el trovador dejaba oír sus enamorados cantos mezclados con las más armoniosas notas arrancadas á su laud...

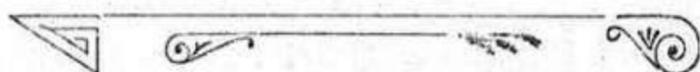
* * *

Es fama que en aquel castillo no se escuchan el chirrido de hierros que se arrastran, ni moran fantasmas silenciosas que den pavor.

Un viajero que, cansado, sentóse á reposar á la sombra del más bello árbol que jamás vió, entre rocas nacido, al pié de rocas desarrollado, y cuyas hojas nunca pierden su lozanía, aseguraba que aquella noche, serena, como conciencia sin pecado, tachonada de estrellas, como manto de virgen y alumbrada por esplendente luna, oyó, á las postreras horas, los acordes de una melodía nunca oída, confundida con rumor de besos, de angélicas voces, y algo así como el aleteo de amorcillos que cruzaban el espacio...

M. LARIOS.

Legajo



La idea de organizar en Badajoz Colonias Escolares, iniciada en la Corporación Municipal por un estimadísimo amigo nuestro, por un redactor de esta casa que además desempeña funciones concejiles y que en el ejercicio de ellas se distinguió por su amor á la instrucción de la niñez, ora procurando llevar al cerebro de ésta enseñanzas sobre elementales pero importantes cuestiones higiénicas, necesarias como freno que todos debemos poner al desarrollo de la tuberculosis, ya presentando un proyecto calculado para la construcción de locales escuelas que acaben con los muy indecorosos y evidentemente antieducadores y hasta antihumanos que en Badajoz existen, y antes y después trabajando en otros sentidos, siempre encaminados al mismo fin; ese pensamiento educador y altamente ensalzable bajo el punto de vista de la conservación de la salud de los que niños hoy están llamados á ser hombres mañana; esa empresa que pareció á algunos de gigante, por la necesidad de reunir para ella algunos miles de pesetas, está á punto de ser realizada.

En el momento en que escribimos estas líneas, se dan los últimos toques á los equipos de los niños, y cuando este periódico se reparta, de seguro que no distarán muchas horas á la salida de la Colonia de nuestra capital.

El secreto del triunfo ha estado en el método seguido; en el orden con que se procedió en todos los asuntos con la idea relacionados; en el propósito inicial del pensamiento, por parte de su autor, de que fuera esta una obra libre de las imperfecciones que hacen desmerecer á otras igualmente hermosas; en la compenetración de ese propósito por parte de los que entraron á formar la Junta; en la absoluta conformidad de todos en todo, como animados de un mismo espíritu excepcionalmente altruista.

¿Se aceptó el cargo en dicha Junta? Pues ya no se pensó más que en realizar la idea del modo mejor posible, y para ello indicación juiciosa que en sesión se hacía por un vocal, literal ó enmendada por otro, según los casos, se aprobaba por unanimidad,

resaltando siempre, como nota brillante, la tolerancia, la discreción y la armonía, condiciones auxiliares del éxito.

Para la Junta de Colonias nuestro aplauso por su labor; para el iniciador de la idea, D. Antonio Arqueros, nuestro parabien; para los niños que van á recibir los beneficios de esa iniciativa y de esa labor, nuestras bendiciones.

* * *

La Comisión de Monumentos de Badajoz, requerida por una autoridad militar para nosotros muy grata, al objeto de que cediese, temporalmente, no sabemos si todos ó parte de los objetos que se encontraron en la caja cineraria donde por tantos años estuvieron guardados los restos mortales del General Gobernador Militar de esta plaza, D. Rafael Menacho, que tan heroicamente la defendiera en 1811, acordó, con gran sentimiento, por el gusto que hubiera tenido dicha Comisión en complacer al peticionario, negarse á la demanda, fundada, á lo que parece, en las repetidas ocasiones en que atendiendo requerimientos análogos de procedencia diversa, y prestando algunos objetos de valor histórico ó arqueológico para fines distintos, la Corporación vió con disgusto que tales objetos no volvieran á su poder, como procedía, pese á las gestiones que, según se nos dice, se hicieron para ello.

Los objetos que parece se pretendía sacar de la Comisión temporalmente, eran el casco de metralla, de forma cilíndrica, que se supone causó la muerte al invicto Menacho y algunos restos del uniforme, el bastón y la espada.

* * *

En el número anterior de ARCHIVO EXTREMEÑO, se honró esta revista con la colaboración del joven é ilustrado presbítero don Enrique Vazquez Camarasa, que continuará su trabajo sobre la nústica, en el próximo. En este mismo número de Agosto, verá la luz pública en esta misma revista un trabajo sencillamente hermoso, debido á la pluma brillante de nuestro paisano el joven doctor en Ciencias D. Pedro Carrasco Garrorena, que vino á Badajoz una temporada, para descansar, en el hogar paterno, de las rudas tareas á que se entrega en el Observatorio de Madrid, donde tiene plaza; en la Universidad, donde es auxiliar de Ciencias y en otros cargos que ejerce, voluntarios ó retribuidos.

También puede que en el número inmediato de esta publicación, figure la firma valiosísima de D. Eugenio Escobar Prieto, Dean de la Catedral de Plasencia y uno de los hombres más eruditos con que cuenta hoy Extremadura en materias históricas.

El Sr. Escobar Prieto, hizo hace pocos días un viaje á Albuquerque, con el fin de investigar lo que en sus archivos hubiera,

y sumar datos y documentos á una importante monografía que tiene en preparación.

Mi saludo y el de esta revista á uno, á otros y á todos los reputados escritores que honran esta publicación.

* * *

Hemos recibido un pequeño, pero interesante folleto, titulado *La Escultura de Diana Cazadora*, debido al inteligente director del Museo Arqueológico Sevillano, donde se halla depositado tan preciado y valioso ejemplar.

Nuestro cariñoso amigo, el director de dicho Centro, D. Manuel Campos y Munilla, nos ofrece en pocas páginas la historia, descripción y adquisición de un objeto que hace honor á la estatuaría, por la delicadeza de los perfiles, y al conquistador de Corinto, de cuya ciudad se supone remitida á la patria de Trajano y Adriano. Una preciosa fotografía de la estatua ha servido para la artística lámina con que se engalana la portada del elegante folleto, el cual constituye una prueba más de la competencia y laboriosidad de nuestro estimado amigo, á quien estimulamos á la publicación del Catálogo general descriptivo de los objetos existentes en el Museo, á donde debieron también trasladarse los que posee el Ayuntamiento, gracias á la infatigable labor del Sr. Gestoso, quien no llevará á mal este ruego formulado por un mero aficionado á tales antigüallas, cuyo destino y paradero debiera ser el local único y oficial designado para la conservación y custodia de objetos que tienen de hecho valor para la historia del arte en general.

Creemos que no faltaría al Sr. Campos y Munilla el apoyo material de las Corporaciones provincial y municipal, para llevar á cabo la impresión del catálogo con que cuentan otros Museos, así de España (el de Vich) como del vecino reino (los de Elvas y Figueira da Foz.)

Sometemos esta proposición á los Sres. Vocales de la Comisión de Monumentos de Sevilla y en modo particular al Vicepresidente de la misma, quien no dudamos aceptará por el fin laudable que nos guía, el modesto ruego, formulado por ARCHIVO EXTREMEÑO, que se honra contándole entre sus más prestigiosos colaboradores.

* * *

También hemos recibido la Revista que ve la luz pública en Madrid, *Vida Intelectual*, y que por los trabajos que publica, revela la dirección tan esmerada que tiene; *El Curioso Averiguador*, de San Vicente de Alcántara, revista mensual de modesta presentación pero de indiscutible importancia por los documentos

históricos que dá á conocer de la villa en donde se fecha ya sueltos, ya con ocasión de contestar la sección de preguntas y respuestas que mantiene en correspondencia con los suscriptores, y por último, *Los Cuentos Extremeños*, que ha presentado en sus dos primeros números una comedia de costumbres contemporáneas de Felipe Trigo, titulada *Eva*, y que ha sido bien recibido por la opinión en este nuestro viejo reino.

Para todos tiene ARCHIVO una frase de aliento en la labor ilustradora acometida, que es mucho el amor que tenemos á la prensa, aunque reconozcamos sus imperfecciones, y mucho el afecto que nos inspiran con su batallar las letras de molde, en persecución de una cultura y de una educación cuyas ventajas, indudablemente, va tocando nuestro país.

* * *

Para presenciar el acto de descubrir la lápida conmemorativa del heroísmo del cadete D. Juan Vazquez y Afán de Rivera, muerto gloriosamente en la defensa del parque de Monteleón, el día 2 de Mayo de 1808, y asistir igualmente á la inauguración del Museo de la Infantería Española que acaba de crearse en Toledo, marcharon de esta plaza el Gobernador militar de ella, Excelentísimo Sr. D. José Macón y Seco; los coroneles de los Regimientos de Castilla y Gravelinas, Sres. Ambel y Romera, y los capitanes de los mismos cuerpos, Sres. Agudo y Macías.

Para el Museo de la Infantería Española, ya que no pudo el caballero general Macón llevar los restos del uniforme con que fué sepultado su heróico antecesor en el Gobierno de esta plaza, don Rafael Menacho, ni la bala enemiga que hubo de producirle la muerte, recogidos de los archivos militares de esta población, llevó á Toledo el honorable general los siguientes documentos:

«Instancia que el Teniente Ruiz Mendoza elevó á la Junta Suprema solicitando el escudo concedido á los prófugos de Portugal.

Escrito de D. José Galliszo referente á la concesión de un escudo especial para el Teniente Ruiz Mendoza.

Real orden de 7 de Agosto de 1812 disponiendo que no consideren como Oficiales los prisioneros franceses de esta clase que no tuvieren Despachos de Luis XVI.

Recibo por cobro de su pensión del mes de Marzo de 1809, del General don Gregorio de la Cuesta, Capitán General de Extremadura.

Carta que da el Teniente General D. Pablo Murillo, de la heróica defensa de San Fernando Apure (Venezuela) en 1818.

Un fotograbado del General Arthur Wellesley, Duque de Wellington.

Una carta á su familia de un soldado, fechada en 1808.

Una instancia de D. Manuel de Ojeda á la Junta Suprema del Reino.»

A título de curiosidad, y por cuanto alguno ó algunos de ellos han de tener y tienen desde luego interés para la historia de la guerra de la Independencia en nuestro país, hemos querido trasladar á las columnas de ARCHIVO EXTREMEÑO la nota de los documentos aportados al Museo de Infantería, por el General Macón, que en su mayoría dicen relación con Extremadura.—BALDUQUE.